

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado.

(Jesucristo a sus discípulos)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
Calle de Dindurra, 2, pral., izqda.

DON JUSTO

Media edad, persona buenísima, muy querido en el pueblo por amigos y adversarios en ideas; en política figuraba, desde luego, en las derechas, sin meterme ahora en cuál de sus derivaciones para no molestar a unos y a otros; casado y con cinco de familia, tres hijas y dos hijos, pero era bastante rico y metido en empresas de dinero lo que le hacía mirar al porvenir sin miedo.

Decían de él que era «católico práctico a pesar de ser rico industrial» Y era la verdad, aunque a algunos les cueste trabajo creerlo por ser poco frecuente.

Pero veréis, amables lectores, si tenéis la paciencia de leerme.

A Don Justo le preocupaban más que nada eso que muchos dan en llamar bagatelas, insignificancias de la vida, cosas de poca monta.

Aquel día, el de nuestra primera presentación de D. Justo, llegó éste a casa muy pensativo y hasta un poquito enfadado, no acostumbraba a enfadarse, porque en la junta de accionistas que acababan de tener los de la gran Fábrica de (no quiero decir el nombre) se había acordado, con su voto en contra nada más, subir las tarifas y disminuir personal obrero a fin de que las utilidades no sufrieran quebranto en el interés fijado por todos. Es decir, argumentó nuestro buen D. Justo, que para que nuestros intereses no bajen, llevemos el hambre y la desesperación con ella a unos cuantos hogares. Y como este argumento no sirvió a aquellos corazones metalizados, resolvió separarse de la sociedad y así lo hizo constar acto seguido.

¿Era o no era D. Justo buena persona?

Allí en su despacho, a solas con su conciencia, se entregó a pensamientos de función social, de hombre que por encima de todo cuida más de la salvación de su alma que de la de intereses terrenos, recordando la célebre sentencia «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el dinero del mundo si al fin pierde su alma?»

El tenía motivos sobrados para conocer la vida de los ricos, muy olvidados en sus holguras de Dios y la vida del pobre obrero que en su ignorancia de lo principal era explotado y perdido por infames sectarios y arribistas.

Yo se, se decía hablando solo, que si el rico, el patrono, usaran de sus riquezas y de su posición como Dios manda otras serían las consecuencias en la vida social y por lo mismo, a estos más que al obrero culpa de la mayor parte de los males que se ven. El obrero no es malo, no obra con la malicia del poderoso porque es engañado, y prueba de ello es que hasta da su vida por lo que le dicen que es su bien, su regeneración ¡Ah! cuántos obreros conozco, comunistas, anarquistas con un fondo de bondad que no puede imaginarse; los trato y me quieren y metiéndome en sus hogares, en sus corazones, me convenzo firmemente que si estuviesen bien aleccionados, bien dirigidos, serían muy nuestros en cuerpo y alma....

Y Don Justo callaba y pensaba.

Yo conozco también bastantes ricos que después de haber hecho alguna trastada a sus servidores a sus obreros, que después de haber con su conducta de despilfarro o de avaricia escandalizado a no pocos se van a misa tranquilamente....

Y Don Justo callaba y pensaba.

Yo no puedo ni debo ser así: o herrar o quitar el banco.

Tengo mujer y cinco hijos; Dios me ha concedido abundante capital. ¿Para mi recreo y comodidad solo? ¡No! ¿Para recreo y comodidad de mi familia únicamente? Tampoco. Para ellos y para mí es más que suficiente y como yo en la distribución de este capital soy un administrador de Dios que me lo dió, debo mirar también en lo posible por las necesidades de mis prójimos que veo sufrir careciendo hasta de lo necesario no sólo del pan del cuerpo sino también, y esto es lo más grave, del pan del alma.

Desde hoy mismo voy a trazarme un plan más activo, más eficaz que el seguido hasta aquí.

Por mis propias investigaciones; tiempo tengo para ello, por medio de las Conferencias de San Vicente y en sus justas demandas de pan y justicia ayudaré a tanto y tanto infeliz como llora y clama por estos bienes a que tienen perfecto derecho, son nuestros hermanos. Y en cuanto a lo más esencial, a la vida del espíritu, voy a dedicar gran parte de mis recursos a contrarrestar esa labor perniciosa, criminal

de tantos y tantos periódicos y revistas incomprensiblemente consentidos, incomprensiblemente tolerados en su desfachatez, en su cinismo, en su desvergüenza, agresivos, violentos e hipócritas según convenga a sus planes de destrucción y engaño de las masas que, creyéndoles de buena fe, se van tras ellos como si en ellos estuviese la salvación de sus intereses, el alivio de sus males, el triunfo de una idea de imposible realidad.

¡Pobres hermanos míos, pobres de recursos y de inteligencia que así son explotados y destruidos cuando más cerca se creen ver de su ventura!

¡Y cómo se rien de vosotros esos señorones ricachos dueños de tales empresas periodísticas que a la vez obedecen órdenes secretas y extrañas a nuestra patria!

¡Aquí como en todas partes, seguía discurrendo D. Justo, circulan con profusión estos portadores de la desgracia y los leen pobres y ricos, patronos y obreros y hasta quienes después de claudicar también, se atreven a llamarse católicos ¡qué vergüenza!

Pues bien, yo con mis recursos y mi buena voluntad y mi tiempo y mi tesón de hombre cuerdo he de hacer cuanto pueda en contra de esta propaganda infame y de este contemporar con ella,

Muy pocos, poquísimos son los periódicos católicos que por este pueblo se ven y los hay inmejorables; yo haré que sean muchos diarios y revistas aunque tenga que pagarlos todos, poco supone esto, y como supone poco voy a hacer más a mi costa; por lo pronto fundaré aquí un semanario católico de gran tirada, información y polémica, decidido y competente con personal dedicado exclusivamente a esta regeneradora y santa labor; malo ha de ser que en corto plazo no se empiecen a palpar sus frutos, porque como en ello busco el reino de Dios, todo lo de más se me dará por añadidura.

D. Justo se puso inmediatamente en relación con varios de los periódicos y revistas católicos, escribió a la Escuela de periodistas católicos que le mandaron personal competente y de intachable conducta. Todo corría a cargo del buenísimo D. Justo que como él decía: un hijo más que Dios me ha dado.

Llegó en poco tiempo a ser más la prensa buena que se leía en el pueblo que la prensa mala. D. Justo estaba satisfecho. Dios premiaba sus afanes y los premiaba con creces.

El pueblo, la gente humilde esa que no es criminal por naturaleza, empezaron a ver claro en la cuestión social y en la cuestión religiosa; se fué desengañando de sus falsos redentores y los fué dejando; el odio de sus corazones que no les dejaba vivir tranquilos, se substituyó por el amor de clase, por el compañerismo honrado, por el respeto a lo que antes blasfemaba; faltaba aún por resolver en todos estos intentos de unificación de buenas voluntades el encastillado en sus riquezas de algunos patronos y ricos que sabían mucho de derechos, pero que no querían oír hablar de deberes..... ¡Ya se rendirían ante la evidencia!

Don Justo que fía mucho en el poder de la buena prensa, que es la Verdad, y más si esta prensa es sostenida y elevada como se merece, espera confiado que todos los obstáculos se vencerán.

Indudablemente que nuestro D. Justo es de los ricos que «entran por el ojo de una aguja».

Yo conozco algunos ricos así. Tú, amigo lector; ¿no los conoces también?

J. O. F.

El Padrenuestro del viejo

Algunos años atrás un literato distinguido de nuestra época fué a restablecer su salud en una fresca y risueña soledad, a dos leguas de Versalles. Avisado por la campana de la capilla inmediata, iba a oír Misa todos los domingos. Allí, dice, tropecé con un hombre extraño cuya propiedad fervorosa e ingenua no podía menos de causarme admiración.

A pesar de sus vestidos groseros y su aspecto de miseria, todo anunciaba en su persona la calma, y por un encanto que no sé expresar, esa calma llegaba del fondo de su alma a la mía, a medida que yo le contemplaba. El encuentro de ese hombre excitó mi curiosidad; me informé y pronto supe que vivía de la caridad pública. A una edad avanzada había perdido a su mujer y a sus dos hijos, uno de los cuales había muerto en la batalla de Waterloo. Animado por sus relaciones, trabé amistad con él y le ofrecí un pequeño socorro.

—Tenéis necesidad de un vestido de más abrigo — le dije; — el invierno será riguroso, y hay que pensar en ello con tiempo.

Levantó los ojos hacia mí; su mirada era serena.

—¿Y qué necesidad tengo yo de pensar — contestó él con acento conmovido, — cuando Dios pone tal cuidado en el corazón de la gente de bien?

—¿Sabéis leer? le pregunté entonces.

—Sí, señor: en mi juventud recibí lecciones del cura, un buen hombre

que se complacía en instruir a los niños.

—¿Tenéis libros?

—¡Oh! A mi edad ya no se lee, sino que se ora.

—Y oráis muy amenudo?

—Es una gran dicha el orar! Por la tarde, arrimado a la puerta de mi bañera, contemplo el sol en su ocaso y rezo el Padrenuestro.

—¿Es esta vuestra oración única?

—¿Hay acaso otra que llene mejor el corazón? Con frecuencia después de haber pronunciado estas palabras, me detengo extendiendo mis miradas por el valle, contemplo la majestuosa puesta del sol, que se va apagando, y entonces siento y conozco que mi oración es verdadera: ¡Padrenuestro!

—Y cuando llega la mala estación ¿qué hacéis?

—Miro al cielo; veo esas grandes nubes que lo cubren y no sé de dónde vienen, empujadas por el viento, avanzando sin hacer ruido, y derramando copiosas lluvias en las llanuras que hacen reverdecir. ¡Ah! Padrenuestro que estás en los cielos, Tú vivirás siempre. Los hombres no podrán haceros morir, como han hecho morir a mis hijos.

Y al decir esto los ojos del viejo se llenaban de lágrimas y le oí murmurar:

—¡Pobre Bertrand! Era el más joven y murió en Waterloo. Tú lo has querido, Dios mío, hágase tu voluntad —añadió enjugándose los ojos! — pues tú has remplazado a mis hijos con buenas personas.

¡Ay! — replicó entonces, — yo no puedo abandonar mi casa: en ella he visto nacer a mis hijos, y en ella murió su madre. Por otra parte, el que puede hablar con Dios jamás está solo.

—¿Y estáis contento con vuestra suerte?

—¡Cómo no! Dios nunca me ha abandonado.

—¡Oh! Vos merecáis ser más dichoso — exclamé yo — buen hombre. Tened, tomad este dinero, rogad a Dios por mí, sometido a tantas pruebas.

—¿Debo, acaso, rogar por el dinero? — dijo él, conmovido y apartando con trémula mano la dávida que yo le hacía. Conocí que le había herido.

—Perdonad — le dije entonces, — he querido hacer lo que hace la gente de mundo, un don desinteresado.

Mientras yo le hablaba así tome sus piadosas manos, que estreché con santo respeto, y luego me alejé con el corazón conmovido admirando aquellas virtudes de la vejez. «Luces celestiales que brillan en la tarde de un día hermoso».

R. C.

EL OPIO DEL PUEBLO

—¿Sabes que me he llevado un mal rato con Francisco?

—Y por qué?... ¿Porque se ha ido de la Casa del Pueblo?... Pues yo te voy a dar otro mal rato. Porque yo también me voy.

—¿Eh?... ¿También tú fumas el opio del pueblo?

—¿A qué te refieres?... ¿a la religión?

—Pues claro, hombre. ¿Ignoras que Lenin llamaba a la religión el opio del pueblo?

—¿Y qué es Lenin?... un monstruo de primera calidad. Y bien, si la religión es opio, ¿yo?... Juan, quiero fumar de ese opio.

—Pues eres hombre muerto. Ese opio, la fe religiosa, te envilece, te quita el sentimiento de tu dignidad, te vuelve estúpido, mata en ti el instinto de la libertad, no serás hombre libre, serás un inconsciente, un cavernícola.

—¡Al contrario! ¡Ya me he desengañado, la religión hace libres! El verdadero opio de la humanidad es vuestro marxismo, vuestro ateísmo. Ese es el verdadero abominable opio del pueblo y de todo el que lo aspira. El ateísmo es el opio que hace dormir en vosotros todos los buenos sentimientos, y os hace insensibles, duros, crueles, ingratos, rebeldes, deshonestos, y groseros.

—¡Aurelio!, dices cada cosa!...

—No te enfades, no quiero injuriaros; únicamente quiero decirte la verdad. Hablemos sinceramente. ¿No ves cómo en fumando vosotros el opio del ateísmo os volvéis insensiblemente malos?... ¿No ves cómo los ateos se vuelven malos hijos, obreros desleales, maridos infieles, hombres rabiosos, tipos exigentes, mal hablados, mal agradecidos, insolentes y egoístas? ¿De dónde salen los asesinos los atracadores, los dinamiteros, los rebeldes?...

—Hombre, no todos son así.

—Claro que no. Tú, por ejemplo, no eres así, pero ¿por qué?... Porque tienes en tu corazón algo de ese opio que fumaste en la leche de tu madre cristiana. Quiero decir, porque conservas aún algo de los sentimientos cristianos. Pero si eres ateo, ¿por qué vas a ser tu bueno?... ¿por qué vas a ser tu fiel a tu mujer?... ¿por qué no vas a robar, si puedes?... Valiente bobo. Si eres ateo, no tienes más razón de obrar que tu egoísmo. ¿Por qué vas a sacrificar por otros?... ¿Y para qué?... Ese es el verdadero opio que mata en vosotros, los marxistas, todo sentimiento noble y espiritual, y despierta, en cambio, todas las pasiones y el ansia de euforias sensuales, materiales, carnales. Así tiene que ser, si hay lógica.

—Pero la religión mata en vosotros otras cosas más importantes, y ante todo el sentimiento de la libertad.

—¡Quiá, hombre!, es todo lo contrario. La religión da la libertad. Desde que he resuelto salir de la Casa del Pueblo me siento infinitamente libre. La religión no es el opio del pueblo. Digo mal, sí, es el opio; pero es el opio de las concupiscencias humanas. Porque la religión adormece la soberbia, y la avaricia y la lujuria. La religión calma la ira, modera la gula, corta la envidia, y extingue la pereza. Y como vosotros pensáis, siguiendo a Lenin, que estas siete grandes concupiscencias son buenas, y que el hombre debe guiarse por ellas, como no podríais hacer las revoluciones que hacéis si no hubiese mu-

chos que tuviesen soberbia, y avaricia y lujuria y gula, ira y envidia y pereza, por eso queréis quitarnos la religión para que tengamos todo eso; y cuando no lo tenemos, decís que estamos dormidos, y que nos ha adormecido la religión, como el opio a los fumadores de opio, pero no es así, no es así.

—La religión os hace mentecatos.

—Déjale de lugares comunes, y sé consciente. ¡Qué nos va a hacer mentecatos la religión! Lejos de ser opio, la religión aviva en nosotros la espiritualidad, que es la parte más digna del hombre. La religión adormeciendo las concupiscencias y pasiones, nos aviva y despierta en los afectos espirituales. Despierta en nosotros la nobleza, la dignidad humana, la verdadera libertad, uo la falsa libertad, como la vuestra; la verdadera justicia, no la falsa justicia, como la vuestra; el verdadero amor, no el falso amorio, como el vuestro. Nos inspira, sobre todo, la caridad, que vosotros ni conocéis, ni queréis conocer. En fin, nos inspira gratitud, cortesía, anhelo de algo grande, de algo digno, de algo superior. No es opio, no, la religión; es despertador de la dignidad humana, inspirador de valor y libertad.

—Si, ¿pues mira los burgueses qué poco de eso tienen?

¿Y qué tengo yo que ver con lo que lo burgueses hacen?... Yo tengo que ver con lo mío. Entre los burgueses pasa lo mismo que nosotros: que es el que es bueno, es bueno, y el que es malo, es malo; que el que es sin Dios tiene opio en el espíritu y fuego en la carne y saturación de egoísmo, y el que es de Dios y verdaderamente cristiano, tiene opio en sus pasiones y concupiscencias y fuego en el alma para obrar bien y cumplir su deber. A qué viene esa división: ¿Burgueses?, malos; ¿proletarios?, buenos. No, Juan, no. ¿Burgueses y proletarios sin Dios?, malos; por lo menos fácilmente se harán malos. ¿Burgueses y proletarios con Dios?, buenos; por lo

menos querrán ser buenos. Y como vosotros, los marxistas, profesáis y aún exegís que seamos ateos, yo, a pesar de lo que dices del opio de la religión, no quiero ser marxista.

—¿Sabes lo que te dicen los curas?...

—¿Qué?

—Resignación; nada más que resignación.

Pues a mí no me dicen eso sólo los curas. Los curas me dicen que exija todos mis derechos; y les dictan a los burgueses todas sus obligaciones. Pero me dicen también, que cuando no pueda conseguir mis derechos, tenga resignación y espere en la otra vida. Y me dicen también que, puesta la mirada en otra vida, cumpla mis deberes.

—Todo eso es opio del pueblo.

—Si es opio esto, prefiero fumar este opio que no el vuestro. Prefiero vivir como cristiano, con virtud, con resignación, con consuelo, con esperanza de la otra vida, con el opio, como tú dices, de Jesucristo; que no como marxista, rablando, desesperado, envidiando, riñendo, y tal vez tiroteando, armando huelgas, insultando...

—Pues vete con tu Jesucristo.

Pues quédate con tu Lenin. Valiente monstruo habéis tomado como patrono. Aquél hombre bruto, perjuro, asesino, degenerado, monstruo de la humanidad, por quien tanta sangre se derramó y tanta lágrima brotó.

—Que te aproveche tu opio.

—Me aprovechará. Que te repugne el tuyo. Pero acuérdate de lo que te digo: En cada hombre, sea burgués, sea obrero, hay un ángel y una bestia. ¿La religión?, es opio que hace dormir a la bestia, a la carnalidad, a la maldad; pero despierta al ángel, a la espiritualidad, a la bondad. ¿La incredulidad?, es opio que hace dormir al ángel, a la espiritualidad; pero despierta a la bestia, a la carnalidad, a la maldad. Miralo en Asturias.

R.

EGO SUM

No me puedo acomodar a convivir de buen grado con este mundo achátado que hace su templo y su altar de la lonja y del mercado.

Y odio el orgullo feroz con que unos cuantos plebeyos, alzando ufanos la voz, ya piensan ser dioses ellos porque maldicen de Dios.

Y es que siempre me llevaron mis instintivos anhelos a amar lo mismo que amaron y a pensar lo que pensaron mis padres y mis abuelos.

Amo el sentir recio y sano de aquel pueblo castellano donde no se puso el sol...

¡Soy cristiano y español, que es ser dos veces cristiano!

PEMÁN

SANTOS, HEROES Y MARTIRES

Por ENRIQUE CANGAS

En estos últimos meses se han prodigado los homenajes a quienes ayudaron a sofocar la revolución de octubre. Celebráronse también homenajes póstumos en honor de algunos verdaderos héroes que valientemente dieron el pecho a las balas del judaísmo, la masonería y el marxismo. Y a mi me decía la conciencia que quedaban otros héroes, callados, humildes, anónimos a quienes había que honrar porque habían también dado sus vidas permaneciendo en sus puestos cuando pudieron esquivar los golpes, como lo hicieron tantos otros más obligados por profesión y hábito a servir de valladar a la ola bárbara. Y cuando recibí la esquela en la que el arciprestazgo de Gijón y concejo me rogaban que asistiera al funeral por el alma de los SIETE PARROCOS asesinados en la revolución, parecióme que el atender ese ruego era el mínimo que mi conciencia habría de exigir para dejarme dormir tranquilo.

Folleto de RELIGION Y PATRIA (80)

Carta a S. M. la Reina Madre doña María Cristina.

España volverá a ser católica, o será al fin socialista: ¿qué digo será? Lo es ya, Señora; sólo que parece que no lo es, porque ella misma no lo sabe. El que está tísico, padece la tisis; aunque no sepa lo que padece, porque ignora su nombre.

Al fin del camino que acabo de indicar ligeramente, está la salvación de España y de su gloriosa Monarquía: y su salvación no está sino al fin de ese camino. Que un Ministerio se quede o se vaya, que mande la fracción puritana o la conservadora; que se eclipse o que resplandezca un nombre propio; que un general saque de la vaina su acero, o meta el acero en la vaina; que en esa caza de Ministerios se declare la fortuna por unos o por otros cazadores, todo esto no sirve para otra cosa sino para que el edificio venga al suelo con estruendo mayor y con mayor ignominia. Dios ha hecho a las na-

ciones curables; pero no son las intrigas sino los principios los que tienen la divina virtud de curar a las naciones enfermas.

Vuestra majestad, Señora, es digna de comprender la importancia de estos grandes principios. Vuestra Majestad, que ni quiere ni puede ni debe, por punto general, intervenir en las cosas del Estado, no puede sin embargo, ni quiere, ni debe consentir que la verdad no se abra paso nunca en las altas regiones políticas, y que el Estado perezca miserablemente.

En las crisis supremas, y suprema es la crisis en que está metida la Europa, no hay nadie que, en circunstancias dadas, y con la debida circunspección, no tenga el derecho, y hasta cierto punto el deber de decir la verdad franca y sencillamente con una voz a un mismo tiempo respetuosa y austera. Vuestra Majestad ha sido siempre tan buena para conmigo, que no he vacilado un solo instante en comunicar a V. M. aunque ligeramente, lo que pienso sobre las cosas de España, de quien V. M., por cariño y por bondad, es protectora y es madre. En escribir esta carta no llevo un fin determinado: esta carta es una conver-

sación que sin la distancia hubiera sido hablada, en vez de haber sido escrita. Mases atrás creí que podría hablar con el Duque; privado de este último recurso, he determinado al fin escribir esta carta, que pongo bajo la protección de su benevolencia.

Dios de a V. M. de vida muchos y dichosos años.—París, 26 de Noviembre de 1851.—Señora: A. L. R. P. de V. M.

JUAN DONOSO CORTÉS

PESADILLA

I

Mareada la cabeza pensando en mis negocios, no me era posible conciliar el sueño. Cansado de dar vueltas en la cama, di a la llave de la luz eléctrica, encendí un pitillo y cogí un libro de la mesilla de noche. Leyendo, leyendo, se pasaban las horas y el sueño se alejaba cada vez más de mis párpados.

Serían las cuatro de la mañana cuando llegaron a mis oídos quejumbrosos ayes. Me incorporé en mi lecho y presté toda

Vi sobre el túmulo las ropas del sacerdote que simulaban envolver el cuerpo pacente de uno de aquellos siete caídos y si hubiera estado yo sólo en el templo habríame arrodillado a besar el borde del alba que una madre amorosa bordara para la primera misa de aquel seminarista que andando el tiempo había de convertirse en un mártir y un héroe.

Mártir y héroe, se sostuvo en su puesto pensando en socorrer a sus feligreses o perecer con ellos disuadiéndoles del mal camino emprendido y cuando sus feligreses se tornaron fieras recordaría la antifona que aprendiera en la clase de liturgia en el Seminario y diría; "Me rodearon gemidos de muerte; me pusieron cerco los dolores del abismo. Pero en mi tribulación llamé al Señor, y desde su templo santo atendió mi voz" y cuando las burlas y los ultrajes y los golpes estaban a punto

de acabar con su resistencia física aún le quedaba la moral para decir con San Ignacio, "Trigo soy de Cristo y he de ser molido por los dientes de las fieras para ser hecho pan muy puro".

Bravos y simpáticos curitas que ignorada y calladamente pasan una vida de renunciación y sacrificio, apartados de todo lo que es goce material, privados de riquezas, libres de ambiciones, conteniendo los deseos en una recatada dignidad y por un estipendio que la U. G. T. o la C. N. T. considerarían remuneración inadecuada para un peón analfabeto. Pero que cuando la ocasión lo pide yérguense gallardamente y saben dar el pecho y morir defendiendo lo único que ellos pueden defender por ser lo único que tienen y a que aspiran; un ideal. ¡Bravos y simpáticos curitas!

¡Siete párrocos asesinados, casi todos

ellos martirizados cruel y largamente con detalles que todos hemos oído y que ponen los pelos de punta! Yo cogería unas cestas de condecoraciones de las que a Asturias se mandarían para repartir según pintorescas listas y las sembraría sobre las fosas de esos siete muertos gloriosos, diciendo:

—Aquí yacen los valientes. Aquí están los verdaderos héroes; los que pudiendo haberse recatado prefirieron sacrificarse. Dadles, Señor el descanso eterno y alumbrados la luz perpétua.

¡Simpáticos curitas! ¡Simpáticos pilotos del cielo que aquí abajo nos ayudan a pasar la barra de la vida y allá arriba nos esperan para dar fondeadero definitivo a la averiada barquichuela de nuestras almas!

Compra de Oro

Se advierte al público, para que no se deje sorprender vendiendo las monedas y el oro a más bajo precio de su valor, que pago a 59 pesetas las monedas de 25 pesetas, y a igual precio Libras, Dólares, Francos, Pesos y todas las monedas que representen un valor de 25 pesetas, de cualquier país que sean. En la misma proporción pago todo su valor por los objetos y dentaduras de oro por estropeados que estén.

Joyería Osorio - PI Y MARGALL, 13 - GIJON

Devocionarios - Semana Santa

y toda clase de Artículos Religiosos

Librería Palacios

Santa Rosa, n.º 4

== G I J O N

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería :- Artículos Sanitarios :- Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y Telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 2912
Teléfono Almacén: 293

Doctor Emilio Villa

ESPECIALISTA

:- Enfermedades del Pulmón y Corazón :-

Consulta: de 11 a 1 :- San Bernardo, 143 :- Teléfono 1219 :- G I J O N



PELUQUERIA DE SEÑORAS de M.^a Luisa Rodríguez

Ondulación Permanente garantizada—Cortes de pelo Marcel—Ondas al agua—Peinador—Tintes y Manicura, etc.

SERVICIO ESMERADO

San Bernardo, 75-1.º = (Frente a la plaza)

LUIS BASURTO QUIMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico Fluoruro de Sodio Pasta para esmerilar, rápida Espato-Flour, en piedra y molido LABORATORIO de análisis minerales e industriales.

Príncipe, 16 — Apartado 174 — G I J O N

Luis Infiesta y Castro

(ANTES ACEBAL, RATO y COMP.ª)

Barrio del Tejedor :- Teléfono 13-28
G I J O N

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases de carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas.

Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, bancos de jardín y cuantos encargos se hagan.

Rápida entrega de los pedidos

"La Fama Asturiana"

Se recomienda por si solo el chocolate de esta marca

Pídase en las tiendas de ultramarinos

OBRAS TEATRALES (De propaganda social)

El Anarquista..... 1 peseta.
Mitin socialista..... 1 »
Jauja..... 1 »
El Señorito..... 1 »
El Requeté..... 1 »

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1931-32-33 y 34 a 4 ptas. cada año.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia
Teléfono 17-20=Gijón

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud — Esmero — Economía

Correspondencia Administrativa

Sra. D. A. C.-Cirieño.-Fin Mayo 1936
Sr. D. J. S.—Madrid.—1936.—Recuerdos afectuosos.

Sra. D.^a M. H. V.—El Pino.—1935.

En el último número del presente año nuestras últimas palabras sean estas:

Protección a la prensa católica hoy más necesitada que nunca de ayuda eficaz.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31

GIJON.—Teléfono 2934

DOCTOR CALISTO DE RATO Y ROCES

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DEL SISTEMA NERVIOSO

Cincuenta y ocho años de práctica

CONSULTA: Mañana y tarde

Corrida, 63—Tlf. 490

GIJON

Las 20 curas vegetales del Abate Hamón

LA SALUD POR LAS PLANTAS

Maravilloso método de curación por medio de PLANTAS descubierto por el

ABATE HAMON

Pida Vd. folleto

"La Medicina Vegetal"

GRATIS y sin compromiso a

Laboratorios Botánicos

Ronda de la Universidad, 6 - BARCELONA